

enclaustramiento de nuestras gentes, de nuestras tierras y de sus productos, y Cáceres habría encontrado la gran salida, esa que en solución lógica y técnica se nos promete reiteradamente: el Atlántico.

TREINTA Y CINCO MILLONES DE REALES

A mediados del siglo pasado se continuaba pensando en hacer navegable el río, y una estimación, creemos que con suficientes fundamentos, daba al proyecto un costo de unos treinta y cinco millones de reales, calculándose los beneficios, en un solo año, en algo más de quince mil millones de reales, proporción más que suficiente para que se hubiese puesto en práctica el ambicioso proyecto.

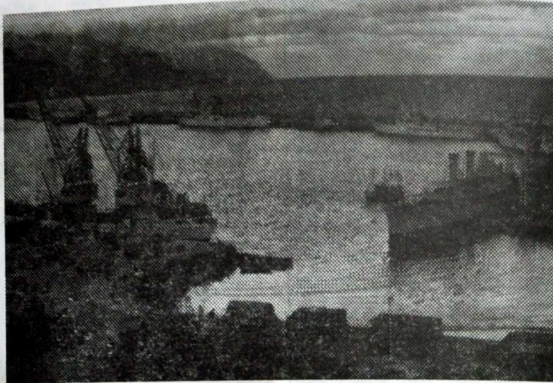
Ya en el siglo XVI se intentó, con cierta eficacia, navegar el río Tajo, y fueron luego varias las tentativas que se apuntaron. En las memorias de Garibay se hallan algunos datos, y en una «Relación del paseo que por las aguas de los ríos Jarama y Tajo dio el señor don Felipe II», que se encuentran en una carta del padre Burriel y en un informe de Saavedra sobre particularidades de la navegación interior en España. También en tiempos de Fernando VII se intentó, y fue su ministro de Hacienda, don Luis López Ballesteros quien autorizó la empresa de la navegación, y quien organizó el trabajo de recogida de datos, que más tarde fueron recopilados por don Francisco Javier de Cabanes.

CAMINO DE SIRGA

El Tajo se hizo navegable por vez primera en el año 1581, cuando se llegaba hasta Toledo por un trabajoso procedimiento: los caminos de sirga, que arrastraban la embarcación desde las orillas. Fue por orden expresa de Felipe II y bajo la dirección del arquitecto Juan Bautista Antonelli y se llegaron a embarcar tropas en Herrera para pasar a Lisboa. El corregidor de Toledo, Per Afán de Ribera, despachó muchos barcos, con galeotes y forzados que llegaban a Lisboa sin grandes dificultades, regresando también con carga. Esta navegación, ciertamente trabajosa, se mantuvo por algunos años, y el proyecto de facilitarla continuó durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, pero habiendo muerto Antonelli, impulsor de la idea, parece que no se realizaron nuevas inversiones; es más, del dinero que se tenía previsto, se extrajeron 17.000 ducados para contribuir a la Armada Invencible, por lo que la navegación, la rudimentaria de los sirgadores o los galeotes, se suspendió en 1594, con lo que lo que fuese una desgracia nacional y de nuestra tierra, en «solidaridad» precisamente con todas las demás.

LLEVARLO HASTA MADRID

En 1641 es el matemático real



don Luis Carduchi, en unión del licenciado don Eugenio de Salcedo y del ingeniero Julio Marlelli, acata la orden de Felipe IV y lleva a cabo un nuevo reconocimiento del río desde Toledo hasta Alcántara, en la frontera de Portugal, lugar desde donde ya era corriente la navegación fluvial hasta Lisboa.

Carduchi es partidario de reanudar el proyecto y así lo encarece, poniendo de relieve su importancia y alta utilidad, y propone trabajar entre Toledo y Alcántara y cristalizar la idea, pero sus activas gestiones no sirvieron de nada y de nuevo se pierde la gran oportunidad.

Una vez más surge la idea, ya en 1755, y es el alcalde de la Casa y Corte don Carlos de Simón Pontero quien propuso al rey establecer la navegación por esta gran arteria fluvial. Para ello se lleva a efecto otro nuevo reconocimiento del río, en esta ocasión, por fases, desde su nacimiento hasta Talavera de la Reina, incluyendo en el proyecto a los afluentes Gaudiela, Jarama y Manzanares, con la intención de llevar los barcos hasta la Real Casa de Campo, proyecto en cuya paternidad se encuentra el Conde Duque. Se quería afianzar y facilitar las comunicaciones entre todas las provincias que cruza (cruzaba hasta ahora) el río Tajo.

Esta idea también se abandona, pese a que autores de la época consideraban su extraordinaria utilidad. Así se lamentaba un escritor: «Sin embargo, el pensamiento de la navegación ha existido siempre porque sus resultados serán incalculables, y tenemos la experiencia de otras naciones, que por medio de la navegación fluvial han llegado a un grado de prosperidad sorprendente».

ANTONELLI Y TAJO, DOS BARCOS PARA AGUAS DE TIERRA ADENTRO

Llegamos a 1897, y en ese año don Francisco Javier de Cabanes, brigadier de Infantería, se puso de nuevo a trabajar por el tantas veces abandonado proyecto, resucitándolo y llegando a interesar al Gobierno. A tal punto puso su fer-

vor que logró que se comenzasen a tomar medidas prácticas para la realización.

Había pasado el momento de pensar en los galeotes como medio impulsor, y ya el vapor hizo desdénables los caminos de sirga, y por ahí se encaminaba la realización de la puesta en práctica de lo que para muchos debía parecer un sueño calenturiento. Se pensaba que las barcas de vapor hiciesen el viaje desde Aranjuez hasta Lisboa y luego volviesen a remontar la corriente hasta los Reales Sitios de nuevo.

Para llevar a efecto un nuevo reconocimiento se construyó un barco, el «Antonelli», en recuerdo del arquitecto que dos siglos antes había puesto todo su afán en hacer navegable el Tajo, y a su bordo, el arquitecto don Agustín Marcos-Artu realizó el viaje. El barco medía 26 pies de eslora y 6 de manga, iniciando el viaje desde el puente Verde, el 8 de abril de 1828. Llegó a Lisboa el 17 de mayo.

El 22 de junio emprendió el viaje de regreso, ahora en otro barco, el «Tajo», construido en Lisboa para experimentar el viaje. Mayor que el anterior, con 36 pies de eslora, 10 de manga y 3 de borda, agudo en la proa y con un fondo chato que facilitase el deslizamiento y no resultase fácilmente encallable en los fondos fluviales. Estaba dotado de una vela latina.

El viaje hasta Aranjuez, cargado con 200 arrobas, duró 138 días... Y ahí acaba la historia de un proyecto que hubiese significado un giro de 180 grados en el desarrollo de la vida de las tierras que abren sus entrañas para que transcurran las aguas del río que debió de ser vena de riqueza, cultura y vida para nuestros campos.

Bueno, en realidad en otra ocasión se navegó el Tajo, con una motivación esencialmente distinta, y se llegó desde Madrid a Lisboa. Era en 1970, en el mes de agosto, y entonces, por quince días, salvando las presas, una pareja de novios realizaba así su viaje de novios. Fue un epílogo bonito para un proyecto fantástico.

de pueblo a pueblo

por fernando hernández



EL GORDO, MIL HECTAREAS ANEGADAS POR UN PANTANO QUE NO LE QUITA LA SED

SU ALCALDE, UN HOMBRE BIEN CENTRADO, LAMENTA LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS Y NO PIERDE LAS ESPERANZAS DE CASI DOS MIL HABITANTES QUE TUVO, A DOSCIENTOS CINCUENTA QUE TIENE

El Gordo, es un pueblecito con poco más de 250 habitantes, enclavado en el límite de nuestra provincia con la de Toledo. Surgió, según dicen y cuentan las leyendas, de una venta que dirigía un personaje destacado por su obesidad y al que los visitantes de su local apodaron con el título que hoy da nombre al pueblo.

Esta es en resumen, la pequeña historia de El Gordo, conocido también como «el pueblo de las cigüeñas» por la importante colonia de este tipo de aves que habita en los tejados de sus edificaciones. Y al igual que los nidos de las cigüeñas se encuentran vacíos en esta época, también lo están muchas de esas casas que los mantienen, porque muchos son los habitantes de El Gordo que, siguiendo el ejemplo de los pájaros, se han ido a buscar tierras más cálidas, económicamente hablando.

Sí, la emigración es, como en toda la provincia, el principal problema del pueblo. Con la emigración el paro ha desaparecido prácticamente en El Gordo, y lo que este hecho pudiera tener de beneficioso en una comunidad más amplia, aquí es una desgracia, ya que si no hay paro, tampoco hay dinero para el empleo comunitario, con el que se podrían solucionar problemas de abastecimiento de aguas, pavimentación y



saneamiento. Un drama convertido en círculo vicioso del que resulta difícil salir.

Las cigüeñas nos sirven también para dejar el tema de la emigración, porque ellas volverán cuando el tiempo mejore; para los emigrantes el tiempo ha adquirido ya un tono gris sin aparentes posibilidades de mejora.

De los que todavía viven en El Gordo, muchos proceden de La Puebla, una localidad cercana destruida por una guerra, según nos cuenta «El Pichi», al cual conocí y que encontré afeitándose en su pequeña casa. Su mujer mientras me enseñaba una colección de fotografías enmarcadas en un cuadro y me hablaba de esa guerra, muy antigua, en la que participaron, según sus palabras, los carlistas. «El Pichi» replica como un resorte que no, que fueron los de Cuga: un nuevo dato para los historiadores de lo anecdótico.

«El Pichi», que anda siempre con la sonrisa en la boca, se vanagloria de tener una foto en la que aparece con Carlos Zeda («un periodista de Madrid que sale en la Televisión y que es de aquí»). Cuando le preguntamos el por qué de ese mote su mujer se apresura a contarnos con ese habla enredada típica de las personas que ya no tienen dentadura, que su suegro tenía la virtud de rebautizar a todos sus hijos des-

pués de recibir el agua bendita, y así nos enumera a todos los hermanos con sus respectivos sobrenombres.

UN ALCALDE QUE QUIERE HACER BIEN LAS COSAS

Había que hacer un reportaje vivo sobre El Gordo, huyendo de las palabras del alcalde, del cura, del maestro y del médico, habituales protagonistas de la vida en los pueblos. Por eso sólo la rutina cortésia me llevó a saludar al alcalde y, cuando después de preguntar a «El Pichi», por su domicilio entré en la casa, surgió la sorpresa: el alcalde peleaba detrás de un mostrador, con sus clientes, sobre el precio de las carnes, discutía incluso con un matrimonio venido desde Navalmaro para comprar jamones, sobre la calidad de éstos.

Si uno lo piensa bien, lo normal es que entre los más de doscientos alcaldes que

ha asegurado su porvenir sirviendo de la nada. Físicamente es más bien bajo, ya ha superado el medio siglo de vida y, como dicen ahora los pasotas, se está dejando crecer la frente.

Su mayor preocupación es hacer las cosas bien y contando con todos los vecinos.

—A mi me gusta hacer las cosas como Dios manda, no a capricho y teniendo presente cuál es el bien de la comunidad, no sólo de unos pocos. Esto que no se hacía antes, en época de caciques dentro del Ayuntamiento. Me ha dado ya más de un disgusto, porque algunos me llaman izquierdista y yo soy del centro. Suárez me parece un hombre honrado y formal y yo lo que quiero es —insiste— el bien del pueblo y de todos los que aquí vivimos. Me da lo mismo que sean de un lado que del otro. Lo que importa es el fondo de cada uno.



El alcalde, que se empeña en mostrarme una a una, todas ellas, mantuvo una dura discusión con «Tía Rosa», que apareció en la puerta de su casa para fregar cuando pasamos por allí.

Dionisio le recriminó que

da en la puerta rezando un rosario de improprios en contra del mencionado Rafael.

Luego uno se viene a enterar de que el Rafael es un especulador madrileño que cuando se puso en marcha el pantano de Valdecañas y se pensó en montar un club náutico si el embalse resultaba de nivel estable, compró medio pueblo al Ayuntamiento. Por 600.000 pesetas. Casas y fincas que el municipio había recibido a su vez de la Compañía Hidroeléctrica Española a cambio de unos terrenos propiedad del pueblo que iban a ser cubiertos por el pantano. Algunas puertas conservan aún la marca de la «Hidro», como se la conoce popularmente en El Gordo, pero tristemente en muchas sólo queda en pie la puerta, porque al final el nivel de Valdecañas resultó inestable y nuestro amigo Rafael se desprecupó por las casas que ahora mismo constituyen un peligro para todos los habitantes.

Y si peligrosas resultan las casas en ruinas, no menos lo son las calles, en alguna de las cuales hay que hacer equilibrios para mantenerse en pie, porque el empedrado resulta tan irregular como el mismo pantano de Valdecañas. Para completar el panorama las aguas residuales circulan libres por medio de las calles, como libres circulan entre estas aguas los niños que juegan entre sólo Dios sabe cuántas especies de microbios. La imagen es penosa: ver a esos chavales corriendo grave peligro de infección porque en pleno siglo veinte existen todavía pueblos en los que no se ha construido una red de tuberías para el saneamiento. Como suele ocurrir en estos ca-

—Muchos cuartos, sí, señor, que me ha costado, más de 20.000 pesetas, y se que-

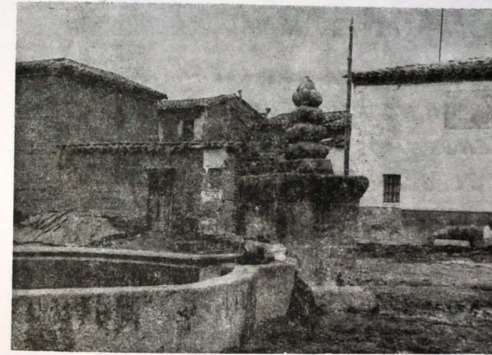
tos, el día que alguien muera se hablará de soluciones.

Hablando de soluciones, es frecuente también ver a las mujeres con sus cubos camino de las fuentes públicas, ya que tampoco se cuenta en El Gordo, con abastecimiento de aguas, paradójico cuando el agua de Valdecañas llega en algunas épocas hasta el mismo pueblo. Como dato significativo al respecto, hay que decir que en el informe elaborado por la anterior Corporación con fecha de octubre de 1977, para la Diputación Provincial, se recoge por dos veces la urgente necesidad de este abastecimiento. Naturalmente para lavar y otros menesteres, hay que desplazarse todavía hasta la fuente pública.

tareas de regadío que a estas horas habrían salvado al pueblo. Porque cuando se fue a instalar el pantano, la «Hidro» les ofreció la posibilidad de transformar estas hectáreas que ya digo, habrían dado trabajo a todos los que tuvieron que marchar, o unas pesetas a cambio de las tierras que nos inundaban y, claro, eligieron las pesetas y el pueblo se hundió.

LA DISCOTECA O LA ESPERANZA

El pueblo se hundió, en efecto, porque no hay más que ver las cifras de población de El Gordo para comprobar que desde que se hizo el pantano el abandono ha sido escalofriante, como lo



El alcalde nos habla de que el agua de Valdecañas no es potable y que entre los gastos de infraestructura y la depuradora, el proyecto resulta mucho más caro que hacer un pozo en los manantiales cercanos, lo que supondría menos de un millón de pesetas. Ya se han hecho gestiones ante la Diputación y Gobierno Civil. Pero ya se sabe: las cosas de palacio suelen ir despacio.

Mientras tanto hay que seguir con lo que se tiene, y Dionisio se lamenta por la ineptitud de la anterior Corporación que no supo, o no quiso sacar provecho de la compañía eléctrica. Las famosas compensaciones que están de moda en nuestra tierra y que nunca llegan.

—No puede ser —nos dice— para estar en este cargo hay que preocuparse. Si el alcalde anterior se hubiera molestado, hoy El Gordo tendría abastecimiento de agua, alcantarillado y, sobre todo, una buena cantidad de hec-

es también que el porvenir de todo un pueblo que ha llegado a tener casi 2.000 habitantes y el porvenir de éstos, se haya visto en manos de un irresponsable. O cuando menos, de alguien que no se ha interesado mucho por este futuro.

A pesar de todo, El Gordo quiere resurgir, para lo que se está gestionando la transformación de 500 hectáreas de regadío, que pudieran facilitar la vuelta de los que se fueron y la vida de los que aún se mantienen.

Se hace verdad aquello de que la ilusión, la fe y la esperanza, son las últimas virtudes que se pierden, y si no basta como prueba este intento de conseguir tierras de regadío, fácil a primera vista si tenemos en cuenta la proximidad del agua, ahí tenemos la discoteca.

Lo que menos se puede esperar de un pueblo con 250 habitantes en el que, además, la población juvenil escasea, es que tenga una discoteca. Y sin embargo, en nuestro

recorrido por las calles la música estridente de este tipo de centros de diversión invadió el aire: un grupo de 8 o 10 jóvenes se encontraba en el viejo caserón habitado para tal fin, imitando al modélico protagonista del conocido film: «Fiebre del Sábado Noche». Lo único discordante en aquella situación es que se desarrollaba un sábado por la mañana.

El propietario del local nos cuenta que ha invertido ya en el negocio más de un millón doscientas mil pesetas y que, dadas las circunstancias, no se ca ni para mantenerlo.

—Todo lo doy por bien empleado, porque así colaboro a que los jóvenes se encuentren a gusto y no tengan ganas de marcharse de aquí.

Eugenio nos cuenta que con la discoteca se hace la estancia más agradable para todos los que vienen en verano a pasar unos días y termina con una nueva lamentación.

—Lo que es una pena es que no se aproveche esto para montar un buen «camping» al lado del pantano y un abastecimiento de agua para que las comodidades fueran mayores y también los atractivos.

Interesante proyecto el del aprovechamiento turístico de la zona que, como tantos otros, pasará su vida en los tinteros, colaborando en la continuidad de la alejada y sórdica existencia de El Gordo.

EL CURANDERO Y SUS APARICIONES

Como en este mundo, para bien o para mal, uno va de sorpresa en sorpresa, la existencia de la discoteca abrió el camino para conocer a otro personaje destacado en la menguada población del lugar: el curandero. Por pura casualidad resultó que el propietario de la discoteca es el hijo del curandero y los dos, esto ya nos extraña menos, llevan el mismo nombre. Antes de conocer al viejo sanador de males extraños y casos desesperados, su hijo nos refería algo de su historia.

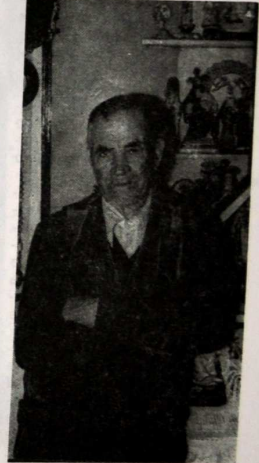
—Mi padre ha pasado ratos y tiempos difíciles por culpa de algunas personas que luego han tenido que reconocer sus virtudes. Yo mismo tengo fotocopias de algunas denuncias interpuestas por gente del pueblo que no se atrevía a dar la cara. Hoy, por fortuna, nadie le molesta en su trabajo y son

muchos los que llegan de lejos para consultarle.

En una de las más cétricas casas del pueblo vive Eugenio, el curandero. Canoso, con la piel surcada por profundas arrugas fruto del paso de los 76 años que tiene ya y con un notorio temblor en las manos, se nos presenta abierto al diálogo y amable. Nos habla de otros periodistas que le han entrevistado, de las ocasiones en que ha salido por la radio y de que no quiso que la televisión le filmara, al igual que rechazó la invitación para asistir a un Congreso de Curanderos que se celebró en Barcelona.

—El mundo está desastroso y todo porque la gente le ha perdido el respeto a lo sagrado. ¿Dónde están las imágenes que antes había en las iglesias? Esto no puede seguir así porque vamos a la catástrofe.

Eugenio se extiende en su monólogo sobre la situación



El curandero

decadente del mundo actual, hasta que le pregunto sobre sus poderes y cómo aprendió su oficio. En estos momentos su hijo interviene:

—Mi padre era pastor y nosotros hemos vivido en un chozo hasta que ha hecho dinero y nos hemos podido instalar. De lo de aprender, nada; mi padre es analfabeto.

Y una nueva interrupción del padre:

—Si señor, yo soy analfabeto y no hago la «o» con un canuto. Esto no se aprende, es una gracia que da Nuestro Señor, porque existe una ma-



El alcalde atendiendo a su clientela.

existen en nuestra provincia, debe haber de todo, pero a los ojos del que está acostumbrado a verlos detrás de sus grandes poltronas, un mostrador y unos jamones, resultan cuando menos extraños.

Dionisio Bravo Jiménez, apodado cariñosamente «Chato», por sus convencios, es un hombre cargado con todas las manoseadas «virtudes» del extremeño: amable, sencillo, hospitalario y honesto. Sólo le gusta fumar Farías y

Después de hablar largo y tendido sobre la problemática municipal, comenzamos el recorrido por el pueblo.

VALDECAÑAS, LA HIDRO Y RAFAEL

La emigración motivada en parte por el pantano de Valdecañas, que anegó más de mil hectáreas en su término municipal, dejando sin trabajo a muchos de los que vivían allí, ha hecho del pueblo un cementerio de piedras, de casas derruidas.

vertiera las basuras entre las ruinas, y la «Tía Rosa», cargada de tiempo y vestida con una bata de llamativos colores, soltó un coño con toda la naturalidad del mundo y argumentó que no tiene otro sitio donde echarla y que no lo va a hacer en su propia casa, después de los sacrificios que le ha costado arreglarla, cuando así se le hundió por culpa del Rafael.

—Muchos cuartos, sí, señor, que me ha costado, más de 20.000 pesetas, y se que-

no poderosa por más que crean algunos, una mano poderosa de la que todos dependemos».

La charla es desarrolla en una amplia habitación que Eugenio tiene como capilla y museo a la vez. Allí guarda un innumerable cantidad de imágenes, rosarios y todo tipo de objetos de culto que nos muestra el curandero con orgullo.

—Estos son los regalos de la gente que he curado gracias a la mano del Altísimo, y esta capilla —nos dice señalando una especie de trono colgado en la pared— la ha traído el otro día una chica de Avila.

Le comento a Eugenio el caso de José «El Sabio», el curandero que se ha hecho famoso en España por haber logrado que le crezca el pelo a Oñi, jugador del C. P. Cacereno, y dice:

—Esa capilla que le he enseñado antes es precisamente de una que vino calva, miento —se autocorrige— con un solo pelo, que yo le arranqué. Le di unas hierbas y le ha crecido el pelo de color negro cuando antes lo tenía rubio.

Vuelve a insistir: «Que estos poderes son una gracia divina de Jesucristo al que yo he visto como le veo a usted».

Después de lo de El Palmar de Troya, uno no se extraña de nada. Pero estas palabras despertaron mi curiosidad y pregunté a Eugenio por la aparición. Su mujer, la tía Isidora, que también participa en la conversación se apresó a entrar en acción:

—Mire usted, no se olvidará en la vida. Fue la noche del 16 de mayo de 1952. Mi marido me dijo que me acostara y metiera a los niños también en la cama, que la noche se iba a poner mala, y la noche tal como dijo, se echó en tinieblas.

—Esa noche fue —asiente el mismo Eugenio— cuando se me apareció.

Y su hijo continúa: —A mi padre le han ocurrido cosas muy raras, que no tienen explicación, porque yo vi un tren salir de un tomillar cuando estaba con él y también he visto una casa ardiendo de noche y al día siguiente estaba como nueva. Son cosas para ver.

Después de oír todo esto, uno se queda algo confuso, aturdido. Es difícil y creo que contraproducente juzgar con la razón pragmática imperante, hay cosas que se escapan a cualquier mente

sin imaginación, porque imaginación hay que tener para ver un tren saliendo de un tomillar. Sin embargo, al despedirnos de Eugenio, cuando nos dice que está viejo y que va a dejar pronto la profesión, cuando se le acaban las hierbas que tiene, dos caballeros y una señora de mediana edad entraban en la habitación que había sido testigo de nuestras palabras. En la calle, un automóvil con matrícula de Madrid.

Al hombre siempre le queda el recurso de la fe, motivada en muchas ocasiones por la desesperanza. Algunos podrán justificar que estos hechos se produzcan por in-

cultura. Otros, y de eso hay pruebas suficientes, creen en ellas y uno no se atreve a defender ni a unos ni a otros. Cada cual debe juzgar en estos casos. Pero está claro que no se puede negar la evidencia, y evidentes son las pruebas de agradecimiento de muchos hombres y mujeres que han estado en manos de Eugenio. Tan evidentes como las palabras de su hijo cuando salimos de su casa:

—Mi padre nunca ha pedido nada, pero la voluntad de los que le visitan le ha hecho ganar mucho dinero.

La última aventura antes de emprender el camino de

regreso, fue la subida al reloj del Ayuntamiento. Un reloj que data del siglo pasado y que funciona a la perfección, gracias a su maquinaria tan primitiva como artesana. Para subir a la torre hay que tener valor y buena línea. Las escaleras de madera son tan peligrosas como estrechas. Los sudores y esfuerzos se ven compensados por el placer de contemplar la maquinaria.

Poco a poco el reloj va dando paso a los segundos. Despacio. Muy despacio, como si quisiera prolongar el tiempo para seguir observando desde su privilegiado pedestal la vida y las gentes de El Gordo.



artes Letras cultura



Premio Cáceres de Pintura 1979

Xavier Valls, un catalán afincado en París, logró el millón con un bodegón titulado «NATURALEZA MUERTA»

ENTRE EL RETO, LA IMAGINACION Y LA OSADIA